DOCUMENT RESUME

ED 071 463 FL 003 308

AUTHOR	Fiori, Ernani Maria
TITLE	De la Educacion Liberadora: La Educacion en General y la Universidad en Particular (Concerning Liberalizing Education: Education in General and the University in Particular).
INSTITUTION	Federacion de Universidades Privadas de America Central y Panama, Guatemala City (Guatemala).
REPORT NO	FUPAC-CONF-1
PUB DATE	Nov 71
NOTE	25p.; Paper presented at the "II Seminario FUPAC: Identidad y Realizacion de las Universidades Privadas," November 1971; Written in Spanish
EDRS PRICE	MF-$0.65 HC-$3.29
DESCRIPTORS	Culture; Education; *Educational Improvement; *Educational Philosophy; *Educational Theories; History; School Role; Spanish Speaking; *Universities

ABSTRACT

This paper offers some theoretical proposals for a radical re-thinking of educational theory. Rather than offering concrete methods for reform, it seeks to point out the general direction for change if education is to strive toward the liberation of man. The relationship of man to history, culture, and knowledge is considered, as is the role of the school and the university in the educational scheme. (VM)

FILMED FROM BEST AVAILABLE COPY

U.S. DEPARTMENT OF HEALTH, EDUCATION & WELFARE
OFFICE OF EDUCATION

THIS DOCUMENT HAS BEEN REPRODUCED EXACTLY AS RECEIVED FROM THE PERSON OR ORGANIZATION ORIGINATING IT. POINTS OF VIEW OR OPINIONS STATED DO NOT NECESSARILY REPRESENT OFFICIAL OFFICE OF EDUCATION POSITION OR POLICY.

ED 071463

FUPAC - CONF - 1
Nov - 71.-

II SEMINARIO FUPAC

IDENTIDAD Y REALIZACION DE LAS

UNIVERSIDADES PRIVADAS

"DE LA EDUCACION LIBERADORA:

LA EDUCACION EN GENERAL Y LA UNIVERSIDAD EN PARTICULAR"

Ernani María Fiori.

FL003 308

DE LA EDUCACION LIBERADORA;

"La Educación en general y la Universidad en Particular.

-Aquí se presentan tan sólo algunos presupuestos teóricos para un re-pensamiento radical de la educación. Desde sus raíces, asoma la determinación originaria de todo el proceso educativo: la liberación humana.

-El dinamismo de tal quehacer no se contiene, ni se detiene, en fórmulas hechas o en modelos estáticos. Por eso, aquí, ellos no interesan. Pretendemos indicar solamente una dirección de la praxis, en transparencia de pensamiento. Como tal, método. Las técnicas ganarán significación según sepan operacionalizar las variables exigencias históricas de esa dirección.

-Muy suscintamente, pues, proponemos algunos puntos de partida para el referido re-pensamiento que serán desarrollados en la presentación oral de la ponencia y, si posible, aclarados en su ulterior discusión. Estos puntos son un comienzo, no comienzo cronológico o lógico de un discurso sobre la educación, pero sí comienzo como origen renovado en cada instante y de donde, permanentemente, debe brotar y fluir el proceso educativo.

1.

La educación es permanente esfuerzo del hombre por constituirse y re-constituirse, buscando la forma histórica en la cual pueda reencontrarse consigo mismo en plenitud de vida humana, que es sustancialmente, comunión social. Este re-encuentro que, en el horizonte del respectivo momento histórico, ubica el hombre en su lugar propio, tiene un nombre adecuado: autonomía y libertad. El movimiento hacia la libertad, así entendida, define el sentido del proceso educativo como liberación. La educación, pues, o es liberadora, o no es educación.

Esta, por lo tanto, no es liberación de una naturaleza humana ya dada. El hombre no es un ente natural que hace historia; él es historia, se hace en la historia y como historia - es un ente histórico.

El hombre surge en el instante en que objetiva su mundo y en este se objetiva, para ahí reconocerse como subjetividad. No es, el hombre el resultado de un feliz encuentro de la subjetividad ya dada y de la objetividad independiente y acabada. Su permanente origen, continuamente renovado, radica en una unidad primordial que se desarrolla dialécticamente, en cuanto subjetividad que emerge como movimiento de objetivación y objetividad que se constituye como mundo de la subjetividad. En ese sentido, el hombre es su mundo, su forma propia es la forma histórica de su mundo.

La objetivación del hombre en su mundo histórico es existencia, comportamiento, praxis. Es praxis inter-subjetiva e inter-subjetivante: la subjetividad no podría constituirse en un mundo cerrado en mismo, sin transparencia en la conciencia humana, o cerrado en la estrechez de una conciencia individual aislada de los demás. El mundo humano se constituye como humano exactamente en cuanto se hace y se rehace en la dimensión universal del espíritu objetivo. Si no fuera así, el hombre nunca llegaría a reconocerse en su mundo: su conciencia se hundiría en la opacidad de un mundo que sería reacción, no respuesta. O mejor, la conciencia nunca llegaría a ser conciencia humana. En esa dimensión de universalidad espiritual, y solamente en ella, los hombres se reconocen en un mismo mundo destinado a ser, originariamente, la mediación de su recíproco reconocimiento.

Las manifestaciones objetivas del espíritu no suceden, ni preceden al espíritu subjetivo. Históricamente, la subjetividad se constituye mientras se manifiesta en la objetividad de un mundo común: mundo en que el espíritu subjetivo se objetiva y se reconoce inter-subjetivamente, y, dialécticamente, en ese reconocimiento, emerge y se constituye. Un solo movimiento de constitución del hombre como mundo humano, que, desde su más profunda intimidad, es inter-subjetivo e inter-subjetivante.

La liberación es proceso que conduce a la libertad, la cual asume diferentes configuraciones circunstanciales, pero que, en cualquiera de ellas, debiera coincidir con el

pleno reconocimiento activo del hombre por el hombre-como sociedad que es y dentro de las condiciones objetivas de la historia que también es- de tal manera que él tenga suficiente autonomía para plasmar la forma histórica de su mundo, lo que vale decir su propia forma humana.

No nos parece, por lo tanto, que la educación tenga por función liberar una esencia humana ya pre-formada según determinaciones naturales. Inventar históricamente el hombre es su tarea, no pre-determinada por criterios previos a su quehacer; su compromiso no se funda en lo establecido, es riesgo y aventura histórica; su proceso no se encauza en un plan medido y calculado, es desarrollo dialéctico de un proceso histórico-cultural.

2.

La cultura es ese mundo en que el hombre se objetiva y en que se produce la imprescindible mediación histórica del reconocimiento constitutivo de su humanidad. Así, puede decirse que el hombre es su mundo. La configuración histórica de éste es la forma de aquel. Por eso, el hombre es perenne conquista de sí mismo; y la educación del hombre no se puede separar de la producción del mundo - implícanse en un sólo y mismo proceso.

Cultura, en su sentido más amplio y mas hondo, es humanización del mundo y, por lo mismo, humanización del hombre. Todas las actividades humanas- desde lo económico hasta lo artístico y lo religioso- tienen intrínseca e inevitable dirección axiológica. A través de éllas, de un modo u otro,

el hombre busca ser más: ese más es el valor perseguido, que transciende lo real dad .. Empero, éste también se llena de sustancia valórica mientras sea realización de esa trans[illegible]dencia, que resulta dialécticamente de la negatividad determinada, inmanente a lo fáctico. El mundo del hombre es siempre como humano, una constelación de valores, en cuya figura el hombre va trazando su propia imagen. Por eso, todas sus actividades, cargadas de significación axiológica, entretejen su mundo- la cultura.

Todo el quehacer histórico-cultural es, al mismo tiempo hacer y saber. El hacer humano, Aunque en grado mínimo, es necesariamente conciencia y comportamiento - la conciencia humana no ejerce una función especular frente a un mundo que la determina desde afuera: mundo y conciencia, desligados, son abstracciones; en concreto, la conciencia del mundo es nada más que el mundo conciente.

El saber, pues, no es una luz que viene desde fuera de nuestro mundo histórico; es, sí, su transparencia interior, en el modo propio de la conciencia humana.

En el proceso de la cultura, el saber no es momento previo al hacer, ni tampoco su resultado: los dos se implican dialécticamente, coincidiendo y excediéndose mútuamente.

Con eso, pretendemos apuntar a lo que es originario en la participación inter-subjetiva de los hombres en el quehacer de la cultura. Elaboración de cultura es esencial colaboración con los demás en la construcción del mundo humano, a través de una participación activa y creadora en un saber

hacer que es hacer que se sabe: trabajo de invención efectiva de la cultura, y que llamamos aprendizaje, o educación, entendida esta de manera radical.

La educación, pues, no transcurre fuera del proceso histórico-cultural, ni, dentro de él, se desenvuelve al lado de otras instancias, en líneas paralelas de dinamismos autónomos. Ella se comensura con la globalidad de ese proceso de elaboración de la cultura toda, diverso en sus manifestaciones, unitario en su sentido. Educación, aprendizaje, formación histórica del hombre, equivale a producción de la existencia, cuya base estructural es la producción material de esa existencia.

Aprender, por lo tanto, no es saber como fúé el mundo o como deberá serlo; esencialmente, es esfuerzo por re-inventarlo en una praxis que asume y supera las condiciones objetivas de la situación histórica en que se vive. Si el aprendizaje creador es sustituído por la enseñanza de una saber separado de la producción real de la existencia, entonces ese saber traiciona su vocación originaria y pasa a instrumentalizar las más terribles enajenaciones humanas.

3.

Ese mundo histórico es estructurado básicamente por las fuerzas con que el hombre produce materialmente su existencia. En ese trabajo común de transformación del mundo también se entejen las originarias relaciones de activo reconocimiento intersubjetivo de las conciencias. Ahí también se trazan las fronteras

del mundo real, las cuales, el hombre está llamado a dilatarlas siempre más y, dentro de ellas, a ahondar siempre más en sus trasfondos espirituales, para dar a su cultura amplitud creciente y mayor densidad humana.

En esa producción de la existencia, el hombre es con-vocado a reen-contrarse en la transparencia interna de tales relaciones intra-estructurales, de manera que la conciencia de su mundo sea realmente su mundo consciente, de manera que la verdad de éste sea la certeza de aquella. Entonces, en cada momento de su desarrollo histórico, él va a poder encontrar la medida de todo el reconocimiento humano que le es posible alcanzar dentro de las respectivas condiciones objetivas de la historia. Estas nunca llegarán a propiciar la definitiva plenitud de ese reconocimiento, una vez que la objetivación del hombre en su mundo - la cultura siempre mantendrá un coeficiente de opacidad, de resistencia a la plena inter-subjetivación y activo reconocimiento de las conciencias, como sería una extraña praxis que, sin renunciar a continuar siendo historia, hubiese llegado a su término, de acabada a continuar siendo historia, hubiese llegado a su término, de acabada realización humana. Tal situación, en referencia a la historia, puede ser considerada como idea-límite. Con eso pretendemos decir que, desde dentro del proceso mismo de la cultura, emerge la incesante pro-vocación de sobrepasarlo. En la finitud de los momentos históricos, sus límites no les son impuestes por

determinaciones externas, pero, sí, son sus negaciones interiores que los dialectizan en busca de una totalización cuyo perfecto acabamiento parece exceder las posibilidades de la historia.

Ahí, en las resistencias intrínsecas al proceso de plenificación objetivante e inter-subjetivante del hombre, como mundo de cultura, radica la ambigüedad de su historia: en ellas está el resorte de la dialecticidad que empuja y promueve la transformación del mundo y la invención del hombre; en ellas, están las condiciones de posibilidad de la deformación estructural de un mundo en el cual, el hombre también se niega, pero no ya para superarse y liberarse , sino para esclavizar e y enajenarse. Por lo tanto, en la interioridad misma del proceso de la producción real de la existencia, el dominio del mundo puede dejar de ser la mediación del reconocimiento humano, eso es, de la promoción del hombre como sociedad, para venir a ser medio de dominación del hombre per el hombre. Este, en vez de reencontrarse y reconocerse en su mundo, acaba por negarse y enajenarse en él. La cultura enajenada y enajenante traiciona su destinación originaria : deja de ser liberación, pasa a ser dominación.

Las enajenaciones intra-estructurales, sin embargo, proyéctanse, consolidance, justifícanse y multiplícanse en un plan super-estructural de instituciones e ideas que mistifican en un plan super-estructural de instituciones e ideas que mistifican la forma

adecuada y la representación veraz del mundo real del hombre. De este modo, la conciencia no es más la transparencia de la realidad intra-estructural; ella se separa e ideologiza el mundo del hombre, enajenando. Las enajenaciones de un plano duplícanse y refuérzanse en el otro, de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo, en ciclos de circunmisión en que, recíprocamente, consolídanse e intensifícanse.

El saber no ejerce ya la función intra-estructural de cultura que se sabe, para evadirse en el plano de una conciencia social supra-estructural y "separada". Con la división social del trabajo y las consecuentes sociedades de clases, el saber encuentra su mistificadora institucionalización en la escuela para enseñar - lo que debe traducirse por transmitir - las ideas y los valores que mantienen, justifican y aumentan la dominación.

Engáñanse, pues, los piensan liberar los dominados integrando el mayor número posible de ellos al sistema escolar de la dominación. Esa seudo-democratización de la enseñanza es la manera más correcta de funcionalizar los dominados al sistema de la dominación.

La educación liberadora debe alinearse al esfuerzo de desmistificar el saber ideologizado en sus varias formas super-estructurales, para devolverlo a su ingénita ubicación en la intimidad del dinamismo intra-estructural. La verdad habita en la interioridad del proceso histórico de producción real de la exis-

tencia humana. La crítica teórica de la mistificación debe hacerse teoría interior de la praxis histórica: Luz interior que va desvelando el sentido del movimiento configurador del hombre real. La educación liberadora no puede ser, es obvio cómplice de la enseñanza de los valores de la dominación, pero no puede, tampoco, ser sólo la crítica teórica de las ideas dominantes. Será liberadora en la praxis productora del mundo y del hombre.

En el caso específico de la escuela, no se trata, por lo tanto, de integrar a ella los que hasta ahora fueron de ella marginados, Sino de reintegrarla a ella misma, al proceso totalizante de la cultura, cuyas hebras elementales se entretejen en la producción material de la existencia. No se trata solamente de trabajar en la escuela. Tratase de algo más fundamental como reintegrar la escuela en el proceso global del trabajo, constructor y transformador del mundo humano. Si en esa sudaciosa empresa, viene la escuela a parecer o a transfigurarse en algo nuevo y diferente, es lo que no podemos prever.

La educación libera, pues, mientras se inserta en el movimiento histórico que va eliminando la separación entre lo supra y lo intra-estructural, en la unidad del proceso de producción de la existencia. De manera que las ideas y los valores de la cultura no sean proyección exterior, mistificada, sino revelación interior de la verdad de ese proceso, que es "implicadamente"

saber y praxis - saber intrínseco a la praxis y praxis también productora de saber, como recíproca fecundación de teoría y práctica, en la inteína dialecticidad del trabajo creador.

Dada la imposibilidad histórica del hombre de recuperarse enteramente en su objetivación cultural, quizás nunca llegará a vencer totalmente la separación entre la referida producción de la existencia y las ideologizaciones supra-estructurales. La educación liberadora es esfuerzo por estrechar contínuamente ese espacio en que el hombre se pierde y se enajena. La educación, pues, ha de ser desideologizante. La desideologización sin embargo significa, volver a la verdad de lo real, y esa verdad no es representación especular de un mundo extraño, es expresión y conquista de la praxis transformadora del mundo y creadora del hombre.

4.

Según las intenciones ideologizantes del sistema de la dominación, ese saber "separado" erigese en una sabiduría dueña de la verdad que, usurpando posición eminente en la cultura, supra-estructural, arrógase la misión de iluminar y governar el proceso histórico, en representación, confesada o inconfesada, de los intereses de las clases dominantes. A eso agrégase, hoy, con cierto alarde de magnificencia progresista, la ideología de una liberación por vía exclusivamente tecnológica. Ahí, en esas regiones alejadas de las elementales relaciones básicas de la vida social, sitúase lo que estrechamente se llama cultura, como conjunto de las manifestaciones del espíritu humano que se dicen las más altas y libres.

Para democratizar esa cultura enajenada y enajenante se la extiende al pueblo, en forma disminuida y vulgarizada, como, por ejemplo, en los servicios de "extensión cultural". En el mejor de los casos, preténdese abrir mayor oportunidad para que la gente del pueblo se eleve hasta ella, en términos de movilidad social vertical, dentro del sistema establecido.

Aunque sin questionar la honestidad de tales intenciones, debemos denunciar la separación entre el saber y la cultura, entre lo intelectual y lo manual, entre la teo-

ría y la praxis, entre el poder y el trabajo, entre la educación y la producción.

La cultura es algo más amplio y más profundo: tiene la hondura y la amplitud de la humano. Es proceso social de permanente re-creación del mundo, de la existencia, del hombre, es la historia toda. Insistimos: para el hombre, constituir su mundo y constituirse es lo mismo. El hombre fórmase - edúcase- en las formas del mundo que él produce, del mundo que él elabora en común - sólo la colaboración puede producir y producirlo.

La cultura tiene, por lo tanto, un sujeto originario que no puede ser desconocido u olvidado: son todos los que trabajan, colaboran, en la formación y transformación del mundo común, que es un contexto de significaciones universales cuya unidad podría denominarse espíritu objetivo. En la consecución de este, e implicado con él, emerge y se desarrolla el espíritu subjetivo. La concreta implicación de los dos es sencillamente el hombre todo: historia y cultura.

Esa objetivación, concreta y productora, es mediación necesaria para la constitución subjetiva del hombre, solamente a través de ella puede él asumir su función de sujeto en el proceso histórico-cultural. Cuando unos se quedan fijados en su mundo como objetos de

los demás, sin posibilidad de recuperarse como sujetos, dase la dominación y la enajenación del hombre. No importa la instancia en la cual se verifique esa enajenación del hombre. No importa la instancia en la cual se verifique esa enajenación - sea económica o religiosa - será siempre la total enajenación cultural, toda vez que el proceso de la cultura es global y el hombre que, en él, no se reconquista como sujeto, piérdese en la dominación. La lucha por la independencia cultural no tiene sentido cuando se la hace en un plano aislado, dentro del todo de la cultura - ésta es, sustancialmente, lucha por la total liberación del hombre.

Si la dinámica de la liberación se define por su dirección hacia la libertad y si esta supone la capacidad del hombre para auto-configurarse su forma dentro de las posibilidades objetivas de la historia, entonces todos los que efectivamente participan en la producción del mundo - y solamente a este título - tienen el derecho y el deber de asumir su función de sujeto del proceso de la cultura. Los que trabajan y transforman el mundo son el pueblo; y su cultura es la "cultura popular". No estamos pensando, pues, en una cultura de los dominados o para los dominados, en cuya conciencia se trata de introyectar los valores

mistificados de la dominación, como por ejemplo, a través de la llamada "educación popular" o "extensión cultural". En la auténtica cultura popular no se puede pretender llevar al pueblo una educación separada de la producción que él protagoniza. Trátase, sí, de retomar el sentido originario de la constitución del mundo humano, y a partir de ese origen inagotable de la cultura, reintegrar la educación en su verdadera misión libertadora, pues los dos planos de identificacan: la producción del mundo y la valorización del hombre.

La "cultura popular" no puede ser, pues, extensión de la "cultura erudita": insertada vitalmente en la interioridad orgánica de aquella, esta ha de ser su identificación y especialización, por una división técnica del trabajo que será el definitivo perecimiento de la división social del trabajo, en una nueva civilización en la cual las manos y la inteligencia, juntas, conquisten su pérdida unidad.

Con eso, el saber no desciende de su nivel, ni se vulgariza, reasume su genuina función en la inmanencia de la praxis histórica. Baja de una conciencia social separada de la existencia real, para profundizarse y ampliarse en la criticidad de una praxis libertadora, en que la historia va desmitificandose siempre más y el saber se va haciendo, cada vez más, la auto-concientización crítica de esa historia.

Cultura popular significa, pues, un vuelco histórico radical, por la devolución del poder de auto-producirse o educarse a los que realmente producen el mundo - en vez de ser producidos o educados como objetos, a través de manipulación

fabricadora. Ese poder es la capacidad efectiva de dirección racional del proceso histórico-cultural y en él reside la esencial politicidad de la cultura y de la educación. Es el poder de auto-configuración social del hombre en la plenitud concedida por las condiciones objetivas de la historia. En eso consiste la posible libertad de cada etapa del desarrollo histórico del hombre.

Si la educación, como hemos dicho al referirnos al aprendizaje, es comprometida participación en el proceso de autoproducción del hombre y se esta supone poder, entonces resulta irrehusable su carácter eminentemente histórico y político.

La educación libertadora, por consiguiente, no se hace a favor de los oprimidos, se la hace a partir del pueblo - es cultura popular. En la globalidad del proceso de la cultura popular, como la estamos entendiendo, la educación gana su sentido originario de busqueda del pleno reconocimiento activo del hombre por el hombre. La capacidad de hacerlo significa poder, en un mundo ambiguo que, al mismo tiempo, es mediación propicia y resistencia inevitable para las tareas de humanización. En la coherencia de nuestra reflexión, resulta claro que el reconocimiento es el otro nombre del amor; y el poder, el otro nombre de la libertad.

5.

Esa libertad, reiteramos, tiene diferentes medidas, que estan dadas por la diversidad de las condiciones históricas. En ellas, el hombre va plasmando sus diversas formas - el

hombre es el educador del hombre. El trazado de tales formas históricas tienen el contorno axiológico de las respectivas culturas.

El horizonte histórico en que el hombre busca plenificarse como sociedad está delineado por el movimiento de la propia historia. La imagen de la historia no se encuentra prefigurada en una constelación de valores que lucen en la tranquilidad de un cielo a-histórico. Ni tampoco se subsume en hechos de valorización, en los cuales se opaca y nadifica el hacer valorizador con que el hombre los hace y, en los cuales, él mismo se hace.

El comportamiento humano es siempre dirección hacia valores, que no se reducen a lo fáctico, ni saltan de lo arbitrario. Son históricos: implicadamente, dados y conquistados, invención de la praxis en que el hombre se produce y se libera. Cuanto más coincida con el movimiento real de su historicización, tanto más posibilidad tiene el hombre de desvelar y conquistar el sentido de su devenir histórico. Es el sentido que, en cada momento del devenir, define los valores que justifican la existencia. Inventarlos es responsabilidad de quien acepta los riesgos de la historicización: no es elaboración teórica, es praxis constitutiva del hombre.

En el interno dinamismo de su mundo actual, el hombre hace la experiencia de la negación determinada que dislectiza

e impulsa a aquél, marcándole el sentido de una totalización que jamás se totaliza. El compromiso de hacerse historia exige audacia para asumir la fuerza de tal negatividad, que lleva a sobrepasar los momentos de la temporalización humana hacia la totalidad presente en cada uno de ellos y que, a todos ellos, los excede. De de dentro de cada etapa del desarrollo cultural del hombre, sus negaciones interiores, determinadas, anuncian la dirección en que él ha de buscar sus nuevas formas de vida - su nueva forma humana. Todavía, los momentos históricos se desvanecerían en la nada, si, a través de ellos, no pudiésemos captar una cierta continuidad de movimiento que, mientras avanza y produce nuevas condiciones de humanización, dialécticamente va constituyendo la significación axiológica del devenir histórico-cultural. En otros términos: el sentido del devenir histórico no puede ser alcanzado por vías a-históricas; si en el devenir - por el esfuerzo creador del hombre - no se desvendase a si mismo un sentido valioso, digno de ser querido y conquistado históricamente, entonces la historia toda sería inútil, sería una trágica e irreductible enajenación.

La historicización, repetimos, procésase a través de una mediación cultural en la cual el hombre se objetiva y se recupera como sujeto, en el recíproco y activo reconocimiento de los que trabajan juntos en la producción de la existencia:

así se atenían las internas resistencias del mundo y las conciencias interpenétranse más. Por esa praxis liberadora el hombre irá desmistificando y suprimiendo las represiones sociales supra-estructurales, para permitir que la vida y el amor, con más espontaneidad, encuentren sus cauces racionales através del proceso intra-estructural de la producción real del hombre. No sabemos hasta donde se podrá llegar en la historia; de cualquier modo, pensamos que, así, las objetivaciones culturales de la razón expresarán, con más libertad y vigor, las inagotables energías de la vida. Parécenos que la primera e intrínseca exigencia del devenir histórico-cultural es la convocación para acercarnos siempre más de esa idea-límite, relativamente a la historia, de una perfecta coincidencia de la objetividad con la inter-subjetividad, en la cual la alegría del eros identifícase con la verdad del logos. No es posible decir lo que, concretamente, podrá ser esa coincidencia y esa identificación, ni siquiera en la etapa de hoy podemos predecir las determinaciones concretas del mañana; podemos y debemos, sí, con coraje y humildad, reasumir el movimiento del devenir histórico para, desde dentro de él y en su dirección, ir abriendo los caminos de la creciente liberación del hombre. En cada uno de ellos, el hombre nuevo ha de ser, dialécticamente, resultado de nuestras pre-determinaciones y sorpresa de nuestra invención. Los nuevos valores han de ser la expresión de esa extraña búsqueda de un hombre que se auto-desvela mientras se consti-

tuye. No puede conocerse sin constituirse.

6. La legítima invención histórica de los valores humanos no puede, por lo tanto, provenir de una educación separada de la producción o de ese saber de la determinación con que los amos mantienen, justifican y mistifican la alienación económica, social, política, cultural, de los siervos.

El proceso de producción del hombre tiene un sujeto: los que co-laboran en la construcción del mundo, el pueblo. A él, por el título exclusivo de esa colaboración, eso es, de su trabajo, pertenece el poder de auto-configurar ese mundo, como su imagen y destinación histórica.

Las significaciones de ese mundo, todas cargadas de sustan cia axiológica, se constituyen en una praxis elaboradora de cultura. Ese es el mundo originario del hombre, con el cual emerge la conciencia humana, en el cual radica hasta el saber más alto, que lo expresa, ilumina y promueve : Saber que es decisivo factor en la comprometida y progresiva auto-concientización de ese mundo.

Reponiendo lo ya dicho: educarse es participar activamente del proceso totalizante de la cultura popular en su sentido más hondo y originario. Solamente a partir de ahí, podemos empezar a pensar en educación como liberación, como educación no separada del proceso histórico-cultural, reintegrada en él, identificada con él - proceso en que el hombre aprende a ser hombre, produciendose, historicizándose, eso es, existenciando, responsablemente, su situación concreta y su esencial historicidad.

Por eso, en esa perspectiva, la escuela en general y, en particular, la universidad, si pretenden liberarse y liberar, no pueden ubicarse frente a la sociedad, para relacionarse con ella

extrínsecamente, para desde afuera, responder a sus demandas o llevarle sus aportas; o, entonces, vulgarizar su saber y ayudar al pueblo a introyectar más mistificadamente los valores de la dominación, para, así funcionalizarlo mejor al sistema dominante.

Si quieren comprometerse con la liberación del hombre, tienen que insertarsecamente, radicalmente, profundamente, en el dinamismo totalizante de la cultura del pueblo, que no es siempre cultura autóctona, pero sí autonoma.

No hablamos, pues, de solidaridad con la cultura de un pueblo dominado, la cultura de la dominación internalizada, para llevarle algun socorro mistificador, pero, sí, con la lucha del pueblo por su liberación, por la reconquista integral de la función que le es debida, de sujeto de su historia, para que él retome el originario poder de interpretar e inventar el sentido de su existencia.

La Universidad no se puede ubicar frente a la sociedad: "frente" es eufemismo para decir "separada", tan solo relacionada por lazos externos, aunque intimamente conecta con los intereses del sistema. Al contrario: insertada totalmente, organicamente, en el proceso histórico de su pueblo, debe ser su más alta expresión crítica, sin temer el riesgo de parecer para liberarse y liberar.

La dominación también se disfraza en cultura erudita que, desde su eminencia, pretende decir la palabra liberadora del pueblo y orientadora de su cultura. La cultura popular - insistimos es un proceso global, en el cual los intelectuales deben renunciar a su manddrinato, para ser, tan solo, los participantes de una acción cultural común, teórica y práctica, en la dialéctica organicidad de una misma praxis totalizante. En tales condiciones, la cultura erudita, sin perder altitud científica, ganará en fuerza,

la fuerza ingenita de la cultura que no se hipostasía en un saber supra-estructural e ideologizado, Sino que emana de sus fuentes vivas, en las cuales el hombre, continuamente, renuevase y se rebase, rehaciendo el significado humano de su renovada liberación.

El mundo de los que trabajan se va haciendo auténtico proyecto suyo, en la medido que sus intereses reales ganan amplitud de conciencia - la dimensión de la conciencia posible de los dominados. Descubrirla, iluminarla, desarrollarla, es la primera tarea de una educación que se confunde con el esfuerzo del pueblo por historicidarse en una cultura liberadora. Una educación que no fuera aprendizaje creador de ese proyecto histórico, sería educación "separada", sería negación de la educación. Con ese entendimiento, resulta obvio que la verdadera educación no puede, a merced de elites "cultas", perseguir ideales arbitrarios, en que, por lo tanto, ella, la educación, ha de estar vinculada intrinsecamente al proyecto en que al pueblo que trabaja, por el poder que el trabajo debe conceder, desempeña su papel de protagonista de su historia. Sus interés son los intereses de la liberación humana. Dentro de las objetivas de cada proyecto histórico, la liberación consistirá en una praxis transfiguradora de la mencionadas conciencia posible en realidad conciente - concreción histórica de la libertad.

Para nosotros, desde el interior del sistema deshumanizante en que vivimos, la experiencia asumida responsablemente de sus negaciones determinadas debe ser el resorte dialéctico de nuestra acción liberadora, hacia la superación de esa sociedad luciferina, con dominación de clases, de razas, de sexo, de naciones.

La universidad, la escuela, todavía continuanubicadas en ese plano de una educación "separada" - no estamos juzgando las intenciones de los educadores, sino las terribles enajenaciones del sistema establecido. A esa universidad "separada", que está frente a la sociedad, para "servirla", pensamos - en la línea de una educación liberadora - no se le debe solicitar que se re-estructure, modernízase y hágase más eficiente dentro del sistema, para y por el sistema. Todos los problemas colocados en tales términos son seudo-problemas: una forma más de enajenación cultural.

Sin preocuparse con su propio destino como institución, parécenos que la universidad debe transfundirse en el proyecto histórico del pueblo, como uno de los elementos dinámicos de su cultura global, para, en él y con él, emprender la gran aventura de la liberación.

Los propósitos de la educación liberadora resúmense en la acción de educarse en la historia y como historia, no como preparación a-histórica para hacer historia - lo que, dentro del sistema, equivale a prepararse para dominar, en la historia. Esa educación previa al real quehacer histórico es educación separada, que aparece en la división social del trabajo y reaparece en todo el curso de las enajenaciones básicas del hombre. Por eso mismo la institucionalización de la educación en la escuela y la universidad

ha sido uno de los más eficientes medios de alineación humana. Atender a los reclamos originarios de la educación, hoy quizás más originarios que nunca, representaría la realización de lo que ha dicho alguien que mucho amó el pueblo y muchó luchó por su liberación:

"La sociedad en su conjunto debe convertirse en una gigantesca escuela".

Como hacerlo ? No hay respuestas hechas. La pregunta es un desafío, el desafío decisivo para la educación, la escuela, la universidad. Según las circunstancias histórico-culturales de cada universidad, la respuesta ha de ser humilde y corajuda tentativa de abrir, en ese rumbo, nuevos caminos. Si la educación es historia y si la identificamos con la activa participación en la producción de la existencia humana, entonces, así como el hombre es invención del hombre, la educación ha de ser la praxis de esa invención.